

varnos nada, pues todo lo que podemos llamar nuestro, como son pasiones, inclinaciones, deseos, sentimientos, amor propio, propia voluntad, todo es malo, después del pecado original, y si nos dejamos llevar de esa corriente, viviremos tristes, desasosegados, insufribles á nosotros mismos y jamás satisfechos, como sucede á los amadores del mundo.

Mas si procuramos atajar esa corriente mortificando nuestras pasiones, negándonos á nosotros mismos para hacer en todo la voluntad de Dios, seremos, como he dicho, dueños del mundo y nada temeremos, porque asidos á la piedra incommovible, que es Cristo Jesús (1), ni la muerte, ni la vida, ni la salud, ni la enfermedad, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo venidero, ni los honores, ni los desprecios, ni ninguna otra criatura podrá jamás separarnos de la caridad de Dios, que se funda en Jesucristo, Señor nuestro (2).

Para lograrlo, arranquemos de nuestro corazón todo afecto, toda afición ó inclinación que no tienda á facilitarnos el cumplimiento de la voluntad de Dios, la cual debe reinar en él como soberana absoluta, pues no consiste la santidad en trabajar mucho, ni en mortificarse mucho, ni en comulgar con frecuencia, sino en hacer la voluntad de Dios, que es la mayor honra á que puede aspirar un religioso, la mayor perfección á que puede llegar en esta vida y la señal más segura de su predestinación á la gloria.

(1) I. Corinth., X, 4.

(2) Rom., VIII, 38-39; I. Joann., IV, 8.

LA SANTA POBREZA



DE LA SANTA POBREZA



ÓDIGO fundamental de nuestra religión es el Santo Evangelio; en él ha escrito Dios, como supremo legislador, preceptos y consejos. El cumplimiento de los preceptos es rigurosamente obligatorio para todo cristiano que desee salvar su alma (1); el de los consejos á nadie obliga en justicia, dicen San Jerónimo y Santo Tomás (2). Entre los consejos evangélicos, la Iglesia distingue y recomienda tres principales, como eficacísimos medios de santificación, contenidos en los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, los cuales, dice el Doctor Angélico, son como tres vías que conducen á la perfección de la caridad (3). Fundamento de esta perfección es, según el mismo Santo Doctor, la pobreza voluntaria, esto es, el desprendimiento absoluto de toda propiedad material y espiritual, como se infiere de estas

(1) Matth., XIX, 17.—Luc., X, 28.
—D. August., Serm. 61.

(2) Epíst. 26, ad Eustoch.—2. 2,
q. 106, art. 1.

(3) 2. 2, q. 186, art. 3.

palabras de Jesucristo: *Si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes y distribúyelo entre los pobres, y después ven y sígueme* (1). No consiste la perfección en la renuncia de todos esos bienes, sino que esta renuncia total y absoluta es el medio ó el camino que conduce á la perfección del amor divino (2). Ciertamente que estos consejos se dieron á todos los hombres en general, pues que su divino autor Jesucristo los predicó á las turbas (3); pero no todos son llamados á seguirlos, sino los que se sienten movidos á ello por la gracia, dice el Evangelista San Mateo (4).

A vosotras, por beneplácito divino, *se os ha concedido el privilegio de entender el misterio del reino de Dios* (5), esto es, los secretos de su adorable Corazón, que sólo descubre á sus amigos íntimos, dice San Ambrosio (6); y esta imponderable merced, que constituye, en sentir del Apóstol, una señal moralmente cierta de predestinación á la gloria (7), debe llenaros de inmenso júbilo y estimularos á seguir á Cristo por la senda de los consejos evangélicos, camino que conduce con seguridad á la cumbre de la perfección, cuyo principio y fundamento estriba, como hemos dicho, en el voto de pobreza.

De ella intento hablaros hoy largamente, porque tengo para mí que se falta con harta frecuencia contra este voto, tan importante y tan esencial para los que aspiran á la perfección de la caridad. Procurad recoger toda vuestra atención, y ponderar sosegadamente las razones y ejemplos que encarecen el «valor» de la pobreza, y los «deberes» que entrañan el «voto» y la «virtud» de este primer consejo evangélico.

(1) Matth., XIX, 21.—Marc., X, 21.

(2) 2. 2, q. 188, art. 7.

(3) Matth., V, 1-2.—Luc., VI, 20.

(4) Matth., XIX, 11.

(5) Matth., XIII, 11.—Marc., IV, 11.—Luc., VIII, 10.

(6) In lib de viduis.—Joann., XV, 15.

(7) Rom., VIII, 29-30.—Ephes., I, 11.

Valor de la pobreza. Mirada con los ojos del cuerpo, no hay duda que la pobreza es triste, oprobiosa y repugnante. El mundo, insaciable en sus codicias, ni siquiera la compadece, ¿qué digo?, la mira con espanto, la detesta y la maldice, porque no la conoce. Como la ve tan humilde, tan modesta, tan menesterosa é impotente, la supone nacida de baja alcurnia, y no es así, porque esta virtud maravillosa—paciente y sufrida hasta el heroísmo—puede exhibir sin orgullo envidiables títulos de nobleza que acrediten su real estirpe. Sí, h. mías; mirada con los ojos del alma, que son los de la fe, la pobreza es reina, porque está desposada con el más grande de los monarcas, con Jesucristo, *Rey de reyes y Señor de los que dominan* (1). Lo dice San Bernardo con estas palabras: «En los tesoros del cielo faltaba una perla: »la pobreza, cuyo valor desconocía el mundo. Apenas se »dignó Jesús aparecer en la tierra, como hábil mercader, »enamórese de esta inapreciable margarita, y dióla tan apretado abrazo, que no quiso separarse de ella y siempre la »guardó y honró y defendió como prenda la más estimada» (2). «Desde entonces, dice San Ambrosio, los pobres »son partícipes del reino de Dios en el universo» (3); pues «el »amor de la pobreza, añade San Bernardo, erige reyes» (4). Efectivamente: así como el rey Asuero, deseando recompensar á Mardoqueo el amor y lealtad con que le había servido, dispuso que fuese llevado en triunfo por las calles y plazas de la ciudad de Susán, engalanado con manto de púrpura y corona real, y que uno de los príncipes de la corte publicase en alta voz: *De tal honor es digno aquél á quien el rey quiere honrar* (5); así también, deseando Jesucristo tributar á la pobreza la mayor honra, para que el género humano

(1) Deut., X, 17.

(2) Serm. 1, de Nativ.

(3) In Psal. CXVIII.

(4) Epíst. 103.

(5) Esther, VI, 7-11.

trocarse en amor el odio que hasta entonces la había profesado, quiso desposarse con ella y proclamarla reina del mundo y como árbitra de los eternos destinos de la humanidad, diciendo con su ejemplo á todas las generaciones: «Esta honra merece la santa pobreza: el ser digna esposa »del Rey del cielo.»

Y eligió esta virtud como la forma más adecuada al designio de la Redención. Por eso quiso ser pobre, y su pobreza fué tan absoluta—escribe la Beata Angela de Foligno—como ninguna lo ha sido ni puede serlo nunca (1), pues nació de padres pobres, en un pobre establo, y ése ajeno, teniendo por cuna un pesebre, y pobres pañales por envoltura; pobre fugitivo en Egipto, pobre morador de Nazareth, pobre en su vida privada, pobre en su ministerio público, y pobre, desnudo y desamparado hasta en el trance angustioso de la muerte. Él mismo lo dijo por su Profeta: *Soy pobre y menesteroso* (2); *vivo necesitado y criéme en trabajos desde mi tierna edad* (3); *aun las raposas tienen sus madrigueras, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza* (4). Como si dijera: Hasta los animales más viles y nocivos, como lo son las zorras y las aves de rapiña, tienen sus nidos y guaridas en que reposan; mas yo, verdadero Dios y hombre; yo que visto de púrpura á los reyes y doy sustento á los ángeles y á las aves, yo que *abro mi mano y colmo de bendiciones á todo viviente* (5), no poseo cosa alguna como propia, ni una moneda con que pagar al César tributo (6), ni casa, ni hacienda, ni criados, ni comida, ni lecho en que descansar, ni siquiera donde reclinar mi cabeza. Y si quiso llegar á tal extremo en la práctica de esta virtud, fué, dice San Pablo, para que, viéndola nosotros

(1) Capít. XIII.—Mons. Gay., Pobreza. (4) Matth., VIII, 20.
 (2) Psal. LXIX, 6. (5) Psal. CXLIV, 16.
 (3) Psal. LXXXVII, 16. (6) Matth., XVII, 26.

levantada á tan alta dignidad y nobleza, la abrazásemos con efusión, imitando á Jesús, nuestro Maestro y único ejemplar (1). *Bien sabéis vosotros*—dice escribiendo á los fieles de Corinto—*cuál ha sido la liberalidad de Nuestro Señor Jesucristo, que siendo muy rico por su naturaleza divina, quiso de su voluntad hacerse pobre por amor vuestro, á fin de que vosotros fueseis ricos por su pobreza* (2); esto es, añade el Doctor Angélico, para que imitando su pobreza, os enriqueciese y colmase de bienes espirituales (3).

Por eso los pobres ocuparon siempre lugar preferente en su Corazón, pues á ellos anunció antes que á nadie su Nacimiento por ministerio de ángeles (4); á ellos, antes que á nadie, reunió en torno de su cuna; á ellos, antes que á nadie, evangelizó (5) y convirtió y honró con la investidura de Apóstoles, y con el título de discípulos predilectos (6) y aun de amigos íntimos (7), y con la cooperación en su ministerio de salud (8). Y esta predilección de Jesús para con los pobres, fundábase en que le eran más semejantes (9), en que hallaba en ellos más sencillez, más humildad, más amor; fundábase en la infinita bondad de su Corazón, que se mueve á llenar lo que está vacío (10), á consolar al que padece (11), á esconder en su amoroso seno á todo desvalido y remediar á todo necesitado. Este fué el cortejo de Jesús durante su vida mortal: los pobres, los desgraciados, los humildes de corazón, á los cuales—para hacerles más llevadera la pobreza—dirigía con frecuencia palabras henchidas de consuelo, de gloria y de inmortalidad. Al comenzar el admirable sermón que pronunció en uno de los montes de

(1) Exod., XXV, 40.—Act., VII, 44. (7) Joann., XV, 15.
 —Hebræ., VIII, 5. (8) Marc., XVI, 20.—I. Corinthe., XVI, 16.—Mons. Gay, lug. cit.
 (2) II. Corinthe., VIII, 9. (9) Luc., IX, 58.
 (3) Lect. 2, ibi. (10) Luc., I, 53.—I. Reg., II, 5.
 (4) Luc., XI, 10. (11) II. Corinthe., I, 4.—Ibi., VII, 6.
 (5) Luc., IV, 8.
 (6) Luc., XIV, 33.—Joann., XXI, 23.

Galilea, las primeras frases que salieron de sus divinos labios fueron para los pobres, que tan entrañados tenía en el Corazón. *Bienaventurados sois*—les dijo—*¡oh pobres de espíritu! porque vuestro es el reino de los cielos* (1). Deseando que evitasen la congojosa solicitud que suele emplearse en el cuidado de este cuerpo corruptible (2), deciales: *Mirad las aves del cielo: no siembran ni siegan, y vuestro Padre celestial las alimenta. Contemplad los lirios que crecen en los campos: tampoco labran ni hilan, y no obstante, ni Salomón se vistió con tanto primor como viste Dios á estas azucenas* (3). Así que, *buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura* (4). A los Apóstoles, que fueron los primeros pobres de espíritu que le siguieron, díjoles: *Vosotros que me habéis seguido, os sentaréis como jueces el día del juicio para juzgar al mundo* (5). Y estas pláticas tiernísimas y estas promesas inefables inundaban de gozo sus corazones y repetíanlas á menudo para consuelo de sus almas. Desde entonces los pobres—ha dicho un elocuente orador—ya son aristocracia de la Iglesia (6), los escogidos para el cielo.

Ved aquí demostrado en ceñidas palabras el valor de la pobreza, y la honra incomparable que ha merecido del Salvador del mundo. Imposible es que meditéis en ello, sin sentirnos irresistiblemente atraídas á amar esta virtud con todo vuestro corazón, y á observar constante y fervorosamente el voto que por gracia divina habéis hecho.

Voto. Tengo la seguridad de que habéis meditado la transcendencia de este voto, esto es, los deberes que impone y las privaciones y sacrificios que reclama; sin embargo, no estará fuera de lugar que os lo recuerde, y plegue á Dios que ninguna de vosotras lo necesite. Comencemos por la

(1) Matth., V, 3.—Luc., VI, 20.

(2) Sapient., IX, 15.

(3) Matth., VI, 26.

(4) Matth., VI, 33.

(5) Matth., XIX, 28.

(6) Bossuet.

definición. El voto de pobreza estriba en estas palabras de Cristo: *Si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes, y dáselo á los pobres* (1). Luego este voto consiste en despojarse y desasirse de los bienes temporales, por amor del bien supremo, que es Dios. Este voto puede ser solemne y simple. El voto «solemne» que se hace en las Ordenes religiosas propiamente dichas, consiste en la renuncia radical, absoluta é irrevocable de todo linaje de propiedad y posesión; de suerte que incapacita á la religiosa para adquirir, heredar, vender, prestar ni ejercer acto alguno de dominio, como si hubiera muerto. El voto «simple» de pobreza despoja á la religiosa de la administración de sus bienes temporales, mas no del dominio radical de los mismos, ni de la facultad de adquirir otros nuevos; si bien la obliga á no usar jamás de estos derechos sin permiso de los superiores.

Aunque existe notable diferencia entre el voto simple de pobreza y el solemne, en la práctica convienen ambos en lo esencial, toda vez que ni uno ni otro permiten á la religiosa disponer de las cosas á su arbitrio, sino con absoluta dependencia del superior; y esto me allana el camino para deducir de este principio general algunas consecuencias y hacer algunas aplicaciones que os sirvan de norma en lo sucesivo, relativamente á la práctica de este voto tan esencial.

En primer lugar, el voto de pobreza tiene por objeto inmediato y directo el desprendimiento «efectivo» de los bienes temporales, esto es, la pobreza exterior y material, y éste es el único deber que impone á quien lo ha emitido. En consecuencia, la religiosa, en virtud de este voto, no puede tener cosa alguna como propia, ni lo que la diere la Comunidad para su uso personal, ni el hábito que viste, ni el libro en que reza, ni los enseres de su celda, ni estampas,

(1) Matth., XIX, 21.